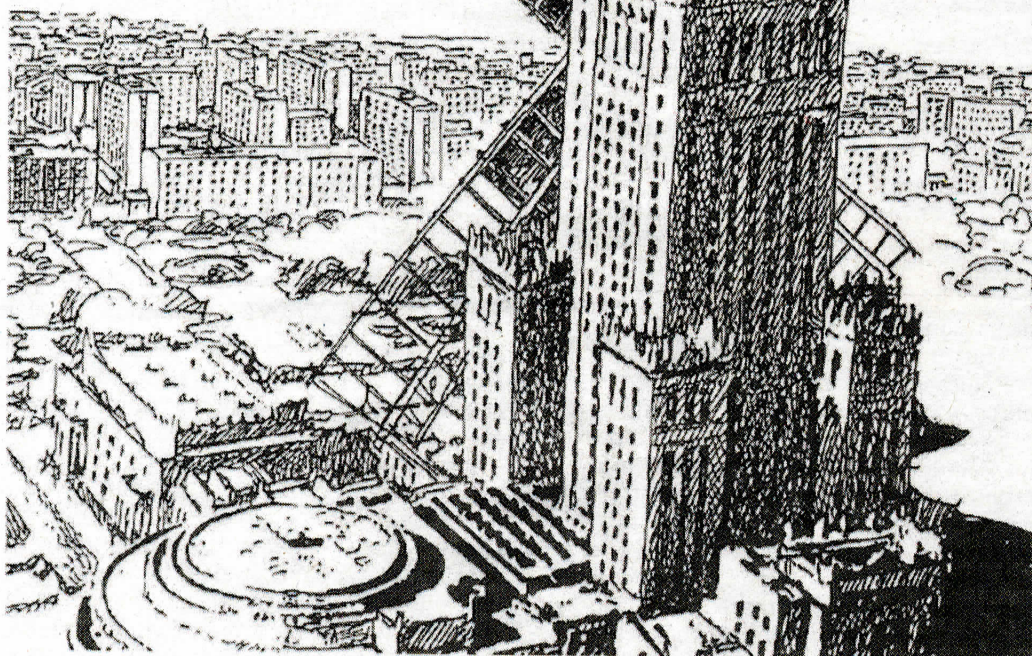


Chodorowski
dibujó el Palacio
de Cultura con
aspas de molino
de viento en
«Ruszczy» (1994)



«Los chistes sirvieron para desacreditar el poder soviético»

El sociólogo húngaro-argentino Tomás Várnagy analiza en «Proletarios de todos los países... ¡perdonadnos!» cómo el humor fue mucho más que un desahogo en la URSS

SILVIA NIETO

El debate sobre las causas que provocaron la caída de la URSS es complejo. A las explicaciones clásicas sobre las políticas aperturistas de Gorbachov o la presión ejercida por Reagan se une ahora la propuesta de Tomás Várnagy. En *Proletarios de todos los países... ¡perdonadnos!* (Clave Intelectual, 2016), este historiador húngaro-argentino, nacido en Buenos Aires en 1950, analiza si el humor político, en concreto los chistes, contribuyeron a dinamitar al gigante soviético. El título de su libro ya tiene un punto de ironía. ¿Por qué pe-

dir perdón?

Por lo que hizo el estalinismo durante décadas en la ex Unión Soviética: el sufrimiento, la persecución, la cárcel y la muerte de miles de personas. Entre los historiadores no es habitual estudiar el humor como factor de cambio. Porque el humor, lo cómico y el chiste no son algo serio, y por lo general los investigadores son gente seria. Nombrarlos como estudios académicos no ha sido común hasta hace poco. ¿De dónde surgió su interés por el tema? Por ser húngaro e interesarme



el pensamiento de Marx. Cuando estudiaba Filosofía en la universidad de los años 70, comentaba que

tenía un tío en Hungría al que no le dejaban salir del país. Mis compañeros de izquierdas me decían que eso era propaganda del imperialismo. ¿La risa está sujeta al paso del tiempo? Si leemos chistes de hace un siglo es posible que no nos hagan gracia. En cada momento histórico hubo una postura sobre la risa. Platón la criticaba, por ejemplo.

Platón estaba en contra del humor porque decía que hacía perder la sabiduría. Sus ideas sirvieron como inspiración al cristianismo. Con Platón, San Agustín y el cristianismo medieval, la risa fue dejada de lado, pero Aristóteles consideraba que no era algo malo, y eso lo rescató Santo Tomás en el siglo XIII.

¿Qué poder tiene la risa?

Siempre cito la frase de George Orwell: «Un chiste es como una pequeña revolución». La risa desmitifica y pone el mundo patas arriba.

¿Qué teorías hay sobre su origen?

Hay tres principales: la de la superioridad, de Thomas Hobbes; la de la incongruencia, con Kant, y finalmente la que comenzó Herbert Spencer pero fue mejorada por Freud: la risa como una especie de descarga nerviosa.

¿Cuál prevalece en la URSS?

Hay ejemplos para las tres: los chistes con los que el hombre común trata de mostrar su superioridad frente a los políticos; los

de incongruencia, que muestran la diferencia entre el mundo oficial, lo que se lee en los diarios del partido, y la realidad concreta; y los chistes del pobre habitante de esos países que sufre y los usa como descarga.

Usted habla de unos chistes políticos llamados *anekdoty*.

En la época de Stalin se contaban, pero había que tener cuidado porque uno podía acabar preso. Muerto Stalin, llegó la edad de oro de las *anekdoty*. Cuando terminó el régimen soviético, se acabaron los chistes.

¿Quiénes los contaban?

Eran una cuestión estrictamente popular.

Y se transmitían por vía oral...

Lo cual les daba una velocidad de transmisión sorprendente. Según algunas teorías, la CIA o la KGB introducían los chistes políticos críticos con la URSS.

Es cierto. Los gobiernos occidentales, especialmente Estados Unidos, difundían ese tipo de chistes a esos países. También se decía que la propia KGB los inventaba para que la gente se desahogara.

Pero el código penal de la URSS castigaba las bromas. Porque eran consideradas pro-

paganda antisoviética, que podía ser castigada con penas de prisión. Uno también podía ir preso por no denunciar a quien contaba chistes políticos.

Había que andarse con ojo.

La gente se reunía en las casas, con personas amigas y con cuidado de que no hubiera un infiltrado. Después se aflojó un poco con Nikita Krushev, especialmente después del XX Congreso del PCUS de marzo de 1956, cuando denunció las barbaridades cometidas por Stalin, y empezaron a circular los chistes.

Y tanto Krushev como Breznev se convirtieron en objeto de guasa.

Krushev era un hombre muy pintoresco: quería que el maíz creciera en zonas imposibles, como Siberia. Breznev quería volver a un estalinismo no tan sanguinario como el de los años 30, donde no te iban a meter preso por un chiste, pero sí en un psiquiátrico. Quien criticara un sistema perfecto, socialista y proletario solo podía estar loco.

Conscientes de que el humor era inevitable, se crearon revistas que dirigían las sátiras.

En la URSS la más famosa de todas era la revista *Krokodil*. En cada uno de los países con estos regímenes, había revistas humorísticas con chistes, en su mayoría referidos al capitalismo y a los Estados Unidos. Un porcentaje criticaba a pequeños burócratas o a trabajadores que no hacían bien su trabajo, pero jamás al Partido, a los líderes políticos o al sistema.

¿Quién las controlaba?

Eran una rama del Partido Comunista.

No consiguieron crear el «hombre nuevo» socialista.

Exactamente. Cuando cayeron el Muro de Berlín y la Unión Soviética nadie en esos países levantó un solo dedo para defender el sistema que presuntamente era el socialismo, el paraíso de los trabajadores y de los proletarios.

Y los chistes, ¿tuvieron algo que ver con su desaparición? Yo digo, un poco en broma y exagerando, que lo que hizo que la URSS cayera fueron los chistes, pero obviamente fue por una multitud de causas. Los chistes sirvieron para desacreditar al régimen.



Humor común

«La risa desmitifica. Orwell decía que un chiste es como una pequeña revolución»